

ANTONIO BUERO VALLEJO EN EL TEATRO DEL SIGLO XX

MARIANO DE PACO
Universidad de Murcia

RESUMEN:

Significación de Antonio Buero Vallejo en el teatro español del siglo XX y aportaciones más importantes del autor al desarrollo de la dramaturgia occidental contemporánea tanto en el plano ético, como en el social, en el político o en el metafísico.

ABSTRACT:

The significance of Antonio Buero Vallejo in the Spanish Drama of the 20th century and the author's most important contributions to the development of western contemporary Drama so much in the ethical level and the social, the political or the metaphysical.

PALABRAS CLAVE:

Teatro español, Siglo XX, Antonio Buero Vallejo.

KEYWORDS:

Spanish Drama, Twentieth Century, Antonio Buero Vallejo.

Hace más de treinta años que me aproximé al teatro de Antonio Buero Vallejo con la intención de preparar sobre él mi tesis de doctorado y no mucho después, con ocasión de su Discurso de Ingreso en la Real Academia Española, pude tratarlo personalmente. Desde entonces, a la atracción por la obra se sumó el respeto a su creador; a la fascinación por el personaje, la amistad que la persona me brindó con mantenida generosidad. Por ello me complace, a pesar de la insatisfacción de su aún próxima ausencia, reflexionar en los comienzos de este siglo que inaugura milenio, acerca de sus aportaciones al mundo de la escena y del sentido y estructura de su producción teatral.

Buero Vallejo murió el 29 de abril de 2000. Pero nos queda el recuerdo de su imagen y de sus palabras y, sobre todo, disponemos de su obra. Buero buscó al público para dirigirse a él con sus textos y, a lo largo de más de cinco décadas y por medio de casi cuarenta obras, le ha advertido de que “el hombre más oscuro puede mover montañas si lo quiere”, le ha hecho reflexionar sobre “la importancia infinita del caso singular”, ha insistido en la necesidad de mantener “la esperanza de la luz” porque “la forma misma de Dios, si alguna tiene, sería la luz”.

Ahora se encuentra con nosotros cada vez que, desde el escenario o desde el libro, nos aborda uno de los personajes. En 1946, recién estrenada su libertad, Buero iniciaba en el teatro español con *En la ardiente oscuridad* una singular dramaturgia en la que se aunaban la voluntad de crear textos que hablasen al hombre de su tiempo de los problemas que lo aquejaban, por el hecho de serlo y por estar en una concreta sociedad, y el propósito de una investigación en el tratamiento de formas y estructuras. El Premio Lope de Vega que en 1949 recibió *Historia de una escalera* permitió que el público y la crítica se enfrentaran a un *nuevo lenguaje* en la escena recuperando el género trágico. El joven autor así lo quería y supo expresarlo con claridad ya entonces: “Frente a las graves crisis que el mundo vive, caben dos salidas individuales: refugiarse en las triviales diversiones que dispersan nuestra vida, o dar valerosamente cara a los problemas con toda la piedad y sinceridad que nos son posibles. Fue esta mirada, que no teme al amargo escondido en las cosas, atributo de las más representativas obras de arte españolas. Por español que, humildemente, no tiene miedo a mirar así, preferí escribir una sincera comedia de tendencia trágica a servir al público una divertida frivolidad más”¹.

El origen de la dramaturgia bueriana se remonta a las fuentes clásicas de la tragedia griega y se nutre del mismo modo con el realismo simbólico ibseniano, con el mundo de los sueños que Strindberg había mostrado, con los interiores alucinados del teatro de O’Neill y la fragmentación pirandelliana de la personalidad. Junto a estos dramaturgos cabe recordar la tradición española, desde Cervantes y Calderón hasta la más reciente: los íntimos conflictos unamunianos, el hondo misterio del tiempo en Azorín o la recuperación de la tragedia de Federico García Lorca.

La labor que Buero Vallejo llevó a cabo desde sus inicios superó los estrictos límites del teatro puesto que a su actividad creadora unió la posición crítica de un intelectual insobornable tanto en los difíciles años de la dictadura que en la posguerra sufrió la sociedad española como en la misma sociedad democrática. Su teatro, con obras situadas en su tiempo o en otros distintos de la historia, en ambientes familiares para el público o en lugares para él desconocidos, ha conectado bajo formas diferentes diversos planos significativos (éticos, sociales, políticos, metafísicos), lo que ha dotado a sus textos de una valiosa dimensión de generalidad y de un preeminente lugar en la evolución de nuestro teatro.

La búsqueda de nuevos modos y el complejo realismo de Buero han de considerarse, en efecto, en el origen de los autores que comienzan su andadura en la década de los años cincuenta. La visión crítica bueriana de la historia sobre el escenario abrió más tarde caminos que transitan muchos de nuestros dramaturgos, a veces con total dedica-

¹ “Ante el estreno de *Historia de una escalera. Autocrítica*”, *El Noticiero Universal*, 25 de julio de 1950. Reproducido en *Antonio Buero Vallejo, Obra Completa, II*, edición crítica de Luis Iglesias Feijoo y Mariano de Paco, Madrid, Espasa Calpe, 1994, p. 320.

ción. Lo que he llamado *huella bueriana* no deja de sentirse, de una u otra manera pero apreciable siempre, en la obra de los autores teatrales españoles que lo han seguido en el tiempo.

Aún no lejano el cincuentenario de la noche del 14 de octubre de 1949, en la que se estrenó el último texto escrito por el dramaturgo (*Misión al pueblo desierto*), se prepara un nuevo montaje de *Historia de una escalera*, la señera pieza entonces presentada; en la cartelera, poco después de terminadas las representaciones de *La Fundación*, se halla una obra que en su momento constituyó un auténtico éxito: *Madrugada*. Sigue con ellas ofreciéndose al público de hoy, aunque no con la abundancia y la atención debidas, una producción por la que su autor recibió numerosos premios y distinciones, entre los que destacan el Nacional de Teatro en 1956, 1957, 1958 y 1980; el Miguel de Cervantes en 1986; la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes en 1993; o el Premio Nacional de las Letras Españolas, por primera vez concedido a un autor teatral, en 1996.

Los textos buerianos han sido traducidos a numerosas lenguas y son muy frecuentes sus representaciones en el extranjero. La bibliografía que de ellos se ocupa (artículos, ediciones, estudios y monografías, tesis doctorales...) reúne miles de títulos. Todo ello resulta una evidente muestra de que Antonio Buero Vallejo fue un atento testigo de la sociedad en la que transcurrió su existencia y ha conformado una producción inscrita con justicia y brillantez, pese a actitudes mezquinas o interesadas, en la historia de nuestra cultura y del teatro.

En el Congreso Internacional *Autor Teatral y Siglo XX*, celebrado en Madrid en noviembre de 1999, no fue posible contar con la presencia Buero Vallejo, invitado de honor, porque la enfermedad se lo impedía. En la tarde anterior a la de su prevista intervención manifestaba (a Virtudes Serrano y a mí, en presencia de Victoria Rodríguez) sus fervientes deseos de asistir a él y me pedía, puesto que yo había de presentarlo, que así lo hiciese constar. Pero lo que más importa es que llegó a sintetizar, con lúcidas precisiones, la que podría ser su “aportación al teatro”. La dejó en mis manos, como una especie de inapreciable testamento, para que la transmitiese en el lugar de su intervención. Con la confianza que me dio el dramaturgo como única acreditación deseo recordar brevísimamente el resumen de esas ideas.

Hablamos del pasado y del presente, de aspectos de su obra a los que ya me he referido, al entonces reciente estreno de *La Fundación* (al que no pudo asistir pero del que vimos un excelente testimonio fotográfico), a los proyectos sobre la representación de *Historia de una escalera* y el estreno de *Misión al pueblo desierto*. Las contribuciones que él veía más notables entre las suyas son la vuelta en el teatro español a la tragedia; los *nuevos modos* instaurados por *Historia...*, a la que solía referirse con cierto desdén que sigo creyendo sólo aparente; la configuración de la dualidad de personajes *soñadores-hombres de acción*; el empleo de las deficiencias físicas como símbolo de una

mayor profundización en la verdad, con una actualización del mito de Tiresias, según señaló Luis Iglesias Feijoo.

Buero se detuvo en un aspecto que creía de especial importancia, el de los denominados por Ricardo Doménech *efectos de inmersión*, por medio de los cuales el espectador se ve obligado a introducirse en la perspectiva de algún personaje (*En la ardiente oscuridad*) o percibe con éste lo que otros no advierten (puso como un ejemplo, que no sería difícil multiplicar, el de *Llegada de los dioses*). Con humor señaló el dramaturgo que esta «aportación» gozaba de ilustres antecedentes. De efecto de inmersión cabría calificar la presencia de las Erinias cuando en la *Orestíada* atormentan a Orestes tras el matricidio. Sólo él las ve, como únicamente Macbeth contempla el espectro de Banquo en la tragedia shakesperiana. Estos *efectos* sirven a nuestro autor para lograr la participación que debe equilibrarse armónicamente con el distanciamiento.

Por lo que de este sucinto apunte puede traslucirse, la obra de Antonio Buero Vallejo se presenta, en los albores de siglo y milenio, como una excepcional dramaturgia en la historia de nuestro teatro y de la escena occidental contemporánea.